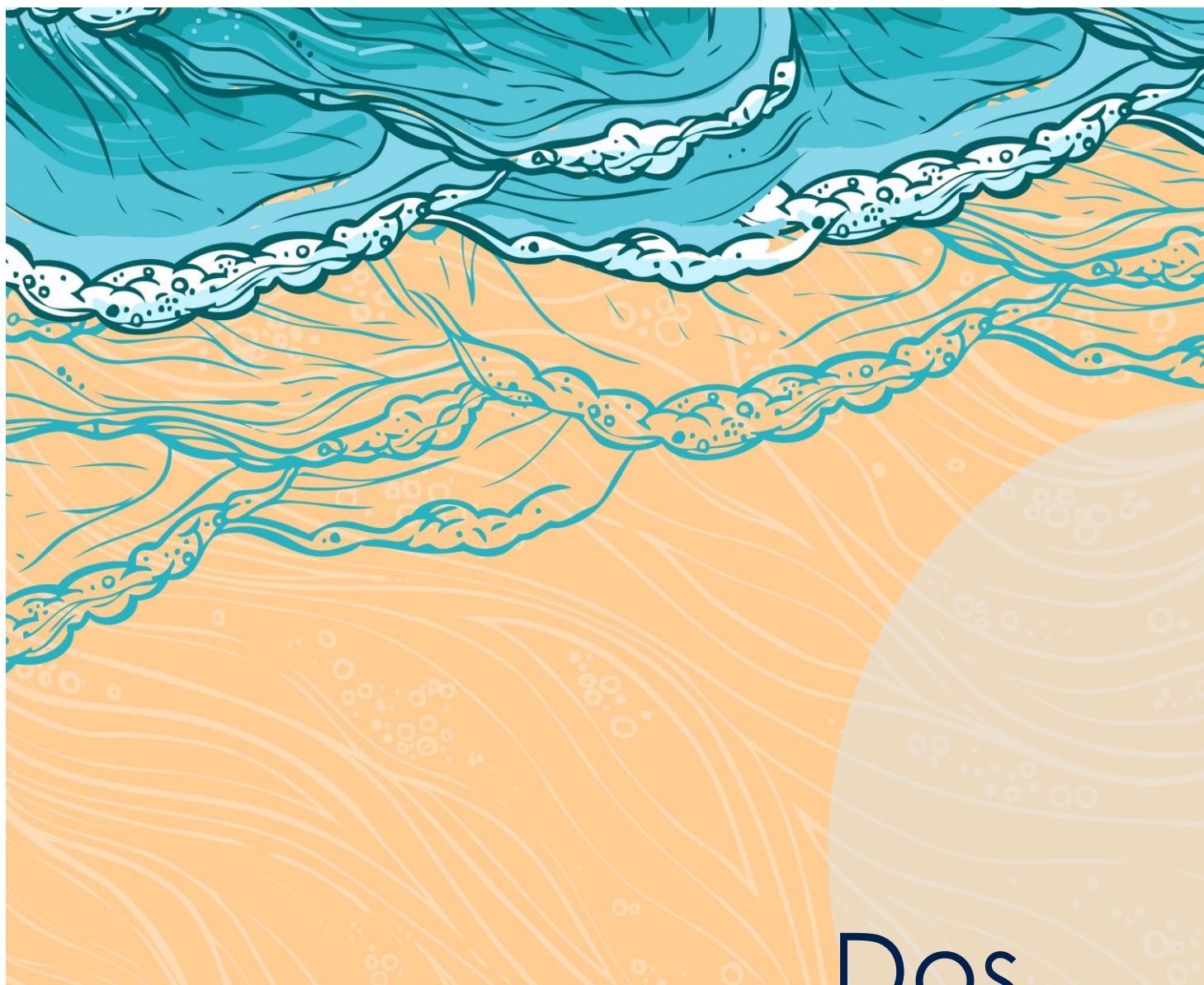




Dos transmigraciones en *El tercer mundo después del sol* (2021)

De Susana Sussmann
(Venezuela, 1972)

Club de lectura 2025

La vida en español

www.lavidaenespagnol.com

DOS TRANSMIGRACIONES

Transmigración 1. Sueños vitales

I: Una espera de un siglo

Había permanecido en un letargo durante el cual casi no percibía el paso del tiempo ni ubicación alguna en el espacio. Tampoco recordaba el pasado. Solo esperaba, esperaba a que los astros se alinearan (¿qué significa eso?) para volver a la vida. Creía saber lo que esperaba, pero no lo recordaba. De lo único que estaba consciente era de que faltaba poco. Lo que fuera a pasar, era inminente.

Siguió esperando por un tiempo que le pareció un instante y una eternidad a la vez, hasta que al fin sucedió. Los astros se alinearon, sintió (¿otra vez?) la llamada del hambre voraz y un lugar (¿un planeta?) repleto de alimentos. Hacia allá se dirigió, súbitamente consciente de sí mismo y de lo que buscaba, en pos de (¿qué?) una mente.

La mente que parasitó parecía ser la de una criatura adulta de aquel planeta (¿Tierra?). Al poco tiempo de haberse introducido en ella, empezó a recordar un pasado (¿años?) que le sorprendió, pero la sorpresa no fue tan grande como para acallar el apetito que lo invadía. Y empezó a comer.

II: Era una ganga

Mario acababa de mudarse. Había sido una oportunidad que no pudo dejar pasar: una casita pequeña al lado del mar, en tal mal estado que casi la estaban regalando. Así que tomó sus ahorros, la compró y pasó meses arreglándola con sus propias manos. Ahora estaba lista, por fin, para recibir en ella a Milena y al bebé que estaban esperando, el cual ya no podrían ocultar más a los padres de ella.

La primera noche que pasó en la casa se durmió meciéndose en la hamaca, pensando en que no se acostaría en la cama hasta que pudiera compartirla con su mujer. Mañana les daría la noticia a los suegros. Se quedó dormido pensando en ello.

A la mañana siguiente despertó cansado e irritable, pero lo atribuyó al agotamiento causado por los meses de trabajos caseros y al nerviosismo del día. Tal vez una pesadilla, aunque no recordaba haber soñado nada. Todo esto no contribuyó a que pudiera empezar su nueva vida con buen pie. No tuvo paciencia con la furia de sus nuevos suegros y acabó saliendo de esa casa dando un portazo y gritándole a Milena que agarrara sus cosas y se viniera con él. Y ahora estaba ella en el porche, llorando, y él no sabía cómo arreglar el disgusto familiar. Pensó que una buena noche de sueño lo ayudaría a encontrar una solución, así que se dedicó por horas a tratar de tranquilizar a su mujer para dormir juntos por primera vez en su hogar.

El día siguiente comenzó con un Mario aún más cansado, aún más irritable, que había dormido toda la noche de un tirón, sin sueños.

III: Un marido extravagante

Milena se sentía desgraciada. No solo sus padres no le contestaban las llamadas, ni le abrían la puerta de su casa, sino que Mario parecía otro hombre diferente de aquél de quien se había enamorado. Pasaba todo el día de mal humor, gritaba por cualquier cosa y duraba semanas enteras sin hacer ningún trabajo. A veces el poco dinero no alcanzaba para comer. Si ella no le estuviera dando el pecho al niño, este habría muerto de hambre.

Los primeros días juntos habían sido soportables. Mario solo estaba nervioso pero, con el correr de los meses, la situación había ido cada vez a peor. Comenzó a gritar por cosas que no habían pasado, como la vez que lanzó la mesa de la cocina al suelo porque según él, Milena se paseaba desnuda por la casa, cosa que ella jamás habría hecho. Por las mañanas, Mario se sentaba por horas en el borde de la cama, murmurando cosas y mesándose los cabellos, hasta que al final se levantaba con una maldición en los labios. Un día se le metió en la cabeza que su mujer había escondido un perro en la casa, aseguraba que lo oía ladrar todo el día y que lo había visto esconderse bajo la cama. La mujer comenzó a pensar que su marido se estaba volviendo loco.

Si no hubiera tanta tensión en la pequeña casita junto al mar, Milena podría haberse dado cuenta de que su marido dormía profundamente y que

sus ojos no hacían esos rápidos movimientos que indicarían que estaba soñando. Bueno, se movían, sí, pero se detenían casi de inmediato. Una y otra vez mientras pasaban horas interminables, Mario intentando soñar, Milena soñando con una vida mejor.

IV: Tomar al toro por los cachos

Milena solo aguantó diez meses, los que le tomó lograr que su padre la aceptara de nuevo en casa. Y, solo, Mario entendió por fin que estaba enfermo. Fue a verse con los médicos del hospital del pueblo, pero pronto lo mandaron a casa. Una persona que no soñaba no era un problema, sobre todo cuando las camas estaban repletas de heridos de bala y enfermos terminales. Así que Mario empezó a leer. Consiguió un puesto atendiendo una sala de internet y aprendió a buscar la información que necesitaba. No le fue difícil darse cuenta de que su problema era que su mente no descansaba lo suficiente porque no podía soñar.

No le duró mucho el trabajo. Su irritabilidad creciente lo llevó a pelear primero con los clientes, y luego con el dueño del lugar. La gota que derramó el vaso fue cuando casi golpeó a un niño que insistía en una computadora con sonido para poder jugar a gusto. Y volvió a casa, a hundirse en la desesperación, sabiendo lo que le pasaba, pero sin poder encontrar una solución. Milena, Milena debería estar allí, a su lado, dándole apoyo, ayudándole a volver a ser el Mario que la había enamorado.

V: Perdiendo la razón

Pero ella no estaba y no quería saber nada de él. Mario decidió insistir, insistir hasta que ella lo aceptara de nuevo. Empezó a seguirla para encontrarla entrando a la casa de sus padres, o llevando al niño al parque, yendo a trabajar, e incluso saliendo a cenar con otro hombre...

Verla con otro le hizo hervir la sangre. Su mente estaba ya tan trastornada que no midió las consecuencias de lo que hizo. Mario se abalanzó contra el maldito que le estaba robando la mujer, con los puños en alto, frente a la horrorizada clientela de la cafetería. Pero él, en su irracionalidad, no se había dado cuenta de que ese hombre era el Mencho, el policía del barrio, uno de esos padrotes que se creían dueños de las calles y de sus gentes, que creía que la manera de mantener bajo control a los malandros era liderar el tráfico de drogas del lugar.

El Mencho hizo lo que cualquiera hubiera esperado: sacó su arma y le disparó a Mario, acallando a los presentes con un simple: «¡Ja!, un malandro menos en el barrio».

VI : El milagro de nacer

Mario sintió cómo escapaba su último aliento y pensó que por fin acabarían sus problemas. No más dormir sin descansar, no más desesperación. Por un instante recuperó la cordura perdida y se dio cuenta de que el final de todas las cosas, en realidad, era el principio de una nueva vida.

Durante esos borrosos minutos en los cuales su ser, su verdadero ser, abandonaba su cuerpo ya muerto, pudo sentirlo: el parásito, eso que había estado en su cabeza por meses, alimentándose (¿eso era?) de sus sueños.

Pero Mario ya no era Mario. Mario estaba muerto y flotaba en una nada de irrealdad, mientras un hambre nueva le invadía. Sintió al parásito alejarse, pudo percibir cómo entraba en la mente de otra persona y, por un momento, sintió pena por ella. Solo por un momento, porque luego fue él quien empezó a buscar una mente libre que invadir, una mente que lo alimentara. Entonces comería. Un día sería liberado y buscaría otra fuente de alimento. Él y otro más.

Acababa de volver a nacer. Y comenzaba una nueva era de locura y horror en un barrio, de una ciudad, de un país, de un pequeño plane-ta llamado Tierra.



Transmigración 2. Ataduras

Para: carmen568 447 @ correotierra.com.ve, pzubieta2015@ mailfree.com

De: azubieta@ students.uniphyton.edu

Fecha: UCD58 46-me-32; UMT+ 59:30

Asunto: Novedades

Queridos mamá y papá:

Antes que nada, quiero que sepan que los extraño mucho y que ahora me haría muy feliz poder abrazarlos y sentarme con ustedes en la sala de la casa, en lugar de tener que conformarme con escribirles solo un correo.

Me imagino que les extrañará que este mensaje sea tan largo, pero es que han pasado muchas cosas desde la última vez que les escribí y no puedo esperar a las vacaciones para hablarles de todo esto.

¿Recuerdan a Fyrina? Es aquella chica, hija de la señora que me alquiló la habitación en la que vivo desde que llegué a Marthun-5 para inscribirme en la universidad. No sé cómo contarles esto sin que se preocupen, así que traten de leerlo todo de una vez para que vean que en realidad ya todo ha pasado. Verán, a Fyrina la mataron hace dos semanas. Fue una noche en la que sus padres no estaban en casa. Llegué de clases, pero me demoré en subir al habitáculo porque quería comer-me unas frutas que había guardado de la comida, y a la mamá de Fyrina no le gusta que coma en su casa. Así que me quedé un momento en el jardín. Fyrina estaba en la cocina, frente a la ventana, tal vez echando algunas sobras en el triturador. Iba a alzar la mano para saludarla, cuando lo vi. Detrás de Fyrina apareció la silueta de una criatura. No sé de qué raza era, nunca había visto algo así. Parecía un hombre fornido, le vi cuatro brazos. Uno de ellos tenía una especie de cuchillo en la mano, que alzó y dejó caer sobre la chica.

Tuve mucho miedo. Como estaba oscuro, pensé que no me habían visto ni Fyrina, ni su asesino, así que me deslicé en silencio fuera del jardín y, una vez en la calle, corrí hasta volver a la universidad. No regresé a casa hasta tres horas después. Para entonces ya habían llegado todos los miembros del clan familiar. Y la policía. Se habían llevado el cuerpo de Fyrina y no nos permitieron entrar en el habitáculo mientras investigaban la muerte.

Les dije que eso pasó hace dos semanas. La policía marthuniana es muy eficiente y sus técnicas de rastreo genético son rápidas. En diez días ya habían atrapado al asesino, lo habían juzgado y ejecutado. Al parecer era un obrero de una construcción cercana, un ilegal que venía de un planeta cuyo nombre no recuerdo, se piensa que podía estar interesado en su cuerpo, aunque es difícil imaginar para qué (si hubiera sido terrestre, pensaría que la quería violar, porque los marthurianos son hermosos a su exótico estilo. Si hubiera sido lyrano, tal vez la habría matado para comérsela. Pero claro, si fuera lyrano no hubiera durado mucho en Marthun-5 antes de que lo deportaran... o lo lincharan).

Les cuento estos detalles tan desagradables para que sepan que ya no hay razón para que se preocupen. Ya el criminal no existe. Lo que me interesa

contarles es otra cosa que aprendí con la muerte de Fyrina.

Sus hermanos me contaron que ellos creen que, cuando alguien muere antes de cumplir un deseo o una meta, su presencia queda sujeta al mundo de los vivos a través de un objeto al cual estuviera muy apegado. En el caso de Fyrina, este objeto era una cajita de algo que parecía porcelana y que ella usaba para guardar sus filtros nasales (ya saben que Marthun-5 es muy polvoso. Como los filtros nasales de los marthusianos no se ajustan a nuestras narices, yo tengo que usar una mascarilla que me cubre la boca y la nariz, muy parecida a las que se usan allá en la Tierra).

Fyrina estaba a punto de presentar su examen de admisión en la universidad, no hablaba de otra cosa, estaba muy emocionada. Así que debían llevarla a que cumpliera su deseo para que pudiera liberarse de sus ataduras y trascender hacia lo que sea que uno trascienda al morir. Sus hermanos me lo explicaron. Y como yo me sentía muy culpable de mi cobardía, la que me llevó a huir y ocultarles a todos que yo había sido testigo de su muerte, me ofrecí a ocuparme del ritual.

Fui entonces a la universidad el día del examen de admisión con la cajita de porcelana a la cual estaría atada Fyrina y hablé con los profesores. Ellos comprendieron, ya que al parecer esta creencia es bastante común en el planeta, y me permitieron poner la cajita en un pupitre, junto a una copia del examen. Terminado el tiempo asignado, los profesores recogieron el examen en blanco y lo pusieron junto a los de los demás aspirantes; yo llevé a Fyrina a su casa. Tres días después recibimos una tarjeta de admisión a nombre de la chica que guardamos dentro de la cajita.

Dicen sus hermanos que ella ya está en paz, que ya no está atada a la cajita, que nos ha dejado.

Todo esto me ha hecho pensar mucho. Nosotros en toda nuestra historia no hemos resuelto el misterio de lo que pasa después de morir. ¿Y si los marthusianos tuvieran razón? ¿Y si necesitamos que nos ayuden a cumplir el deseo más fuerte que tuviéramos en la mente cuando llega nuestra hora?

Por eso he arreglado que, si llegase a pasarme algo antes de terminar mis estudios, el anillo que me regaló papá antes de dejar la Tierra regrese a sus manos. Este anillo representa lo que soy y lo que dejé atrás, así que mientras esté en este planeta lejano será mi atadura. Y lo que yo más deseo en este momento es volver a casa.

Su hija que les quiere,
Angy.

* * *

La ciencia ficción es una literatura que nos permite distanciarnos de los problemas que tenemos como seres humanos, pero no para escapar de ellos, sino para estudiarlos desde una nueva perspectiva. Gracias a esta distancia, la ciencia ficción nos advierte del abismo hacia el que nos dirigimos y a la vez nos dice qué debemos hacer para evitarlo. Nos lleva de la mano a conocernos, a reflexionar sobre problemas fundamentales que enfrentamos como raza, y lo hace disfrazando el proceso de algo meramente recreativo. Por eso cuando la gente me dice que la ciencia ficción es una lectura inútil, yo me río por dentro.

Cuando se toca el tema de la ciencia ficción, nunca falta quien pregunta cómo escribir sobre el futuro en lugares que están lejos de vivir el estado del arte de la ciencia y la tecnología, como lo son nuestros países latinoamericanos. La respuesta predilecta es que no tiene sentido hacerlo, o que nuestra ciencia ficción roza más el realismo mágico. Mi opinión no podría ser más opuesta. Mezclar realismo mágico con ciencia ficción es juntar peras con manzanas. Puede que no tengamos que preocuparnos por los organismos genéticamente modificados porque simplemente no los tenemos a nuestro alcance, o que siempre vivimos los avances científicos desde lejos, pero lo cierto es que existen la globalización, la internet y los vuelos internacionales. Todo ello nos permite estar al filo de la ciencia sin importar dónde vivamos. Somos soñadores, sobre todo los escritores de ciencia ficción, no necesitamos vivir la tecnología, basta con imaginarla. Pero lo mejor es que siempre aderezamos esos sueños con nuestra idiosincrasia latina. Ya dije antes que la ciencia ficción no es solo marcianitos verdes y pistolas de rayos, que tras cada obra se esconde una profunda reflexión; con esto lanzo una pregunta para ti, lector: ¿crees que escribir ciencia ficción en Latinoamérica tiene sentido? Porque yo creo que sí.